EL HOMBRE, SUS OBRAS Y SU DESTINO EN LA POESIA DE MIGUEL HERNÁNDEZ

Por MARIE CHEVALLIER
(Universidad de París X)

El íntimo diálogo que surge entre la obra y el lector, establece una relación profunda con cada poema en su evidencia intrínseca. Este tipo de relación es el que ha servido de base para nuestro estudio. Así, en lugar de ver en los textos únicamente el resultado de circunstancias exteriores, llamadas con excesiva precipitación, "objetivas" o "históricas", y de las que nuestro conocimiento dista mucho de lo que exige un criterio de certeza científica, hemos debido admitir en la realidad primera de los textos, la expresión insustituible de una conciencia capaz de imprimir una marca a su época, y no sólo de reflejarla pasivamente. A esto responde la necesidad de estudiar los textos desde el interior, a través de un minucioso análisis estilístico.

Lo que sabemos hoy de la circunstancia hernandiana es, por necesidad, limitado. Ni la correspondencia, en su mayor parte, ni la totalidad de los documentos que podrían explicitar dicha circunstancia, han podido ser consultados. No obstante, hemos tratado de ver la manera en que los poemas se insertaban en la circunstancia vital del poeta, y hemos comprobado que el carácter complejo de la obra hernandiana aparecía justificado por una coherencia y una fidelidad para consigo mismo. Esto nos imponía percibir, con la mayor claridad posible, dichos factores, y así los hemos observado en los desarrollos temáticos y en los símbolos, en sus interconexiones y en su evolución interna.

La construcción, perfectamente caracterizada, que aparece a través de dicha observación, la hemos denominado: *el mito personal de Miguel Hernández,* basándonos en los estudios hechos por Charles Mauron, el cual ha puesto en evidencia la fidelidad de los poetas para con unas pocas metáforas obsesionantes que se organizan en estructuras reticulares, siendo para cada uno rigurosamente específicas. Mauron ha interpretado este fenómeno como una manifestación de las capas inconscientes de la psíque, que revela el perfil humano del poeta sin que éste se percate de ello. Así puede aparecer la verdad interna del ser, bajo la forma poética de un edificio coherente y, por la misma razón, de la obra terminada se desprende un hondo sentido. Esta noción nos ha sido necesaria para dar cuenta de la permanencia de una visión hernandiana que hace de la muerte humana una verdadera *agricultura.* Sin embargo, al no poder determinarnos en absoluto sobre la verdadera naturaleza psíquica de la representación imaginaria que lleva en sí Hernández, y que es la raíz más íntima de su

BOLETÍN AEPE Nº 9. Marie CHEVALLIER. El hombre, sus obras y su destino en la poesía de Mig...
Centro Virtual Cervantes

poesía, hemos delimitado el mito personal de Hernández en función no del núcleo primario de dicha representación sino de las construcciones poéticas que se edifican en torno a él. Por consiguiente, tiene menos interés para nosotros el conocimiento del riguroso perfil psíquico del poeta, que su expresión original, génesis de las visiones que, al desarrollarse, singularizarán la obra. Resumiendo: hemos querido aprehender las metáforas obsesionantes por ser reveladoras del mito personal en su función creadora.

Aunque nuestro estudio se limita únicamente a la poesía, por ser, en el conjunto de la obra, un universo sumamente complejo, no obstante debemos hacer constar la solidaridad interna de la obra y, por esta razón, hemos recurrido con frecuencia a los otros escritos hernandianos con el fin de explicitar los poemas cuando ha sido necesario.Observemos, de paso, que aún carecemos de una edición crítica de la poesía de Miguel Hernández,a pesar de la urgente necesidad sentida.

Dicho esto, constatamos que de la poesía de Miguel Hernández se desprende una significación que es la que, precisamente, formulamos, de la manera siguiente, en el título de nuestra tesis: *El hombre, sus obras y su destino en la poesía de Miguel Hernández.* Ante una obra poética llevada hasta su término, se imponía, por sí misma, la necesidad del inventario temático, el cual muestra el desarrollo, en cinco etapas sucesivas, de la inspiración hernandiana, que se renueva con vigor en cada una de ellas. Interés inicial por el mundo exterior, por la naturaleza, por el cuerpo, que progresa, poco a poco, hacia la vida interior. Temas del amor y la amistad que irrumpen en 1934 y se desarrollan plenamente en 1935-36. Poesía de la guerra que estalla después. En fin, la postrera meditación que pone en tela de juicio el compromiso, evidenciando valores que definen al hombre, y esforzándose por aprenhender el mayor misterio, a saber: el de la vida dada y arrebatada.

Así, el proceso de la circunstancia vital (biographie évènementielle) y la trayectoria interna coinciden con el desarrollo temático poniendo de manifiesto la inerme sinceridad de un poeta que hace de su propia vida la materia prima de su experiencia poética. Porque la poesía de Hernández, por su resonancia humana, refleja una dramática evolución del pensamiento que progresa por impulsos del corazón y por relampagueos de la conciencia, y refleja también una constante puesta en tela de juicio de las convicciones y conductas anteriores del poeta.

Hay, por consiguiente, en la obra hernandiana, una búsqueda sin tregua para dar un fin trascendente al amor, a pesar del derrumbamiento de todas las trascendencias. Si el primer objeto de ese amor fue el Dios de un catolicismo valorizador de la castidad y de la penitencia, en perjuicio de la caridad, la deterioración de la imagen de perfección divina halla su origen en la maldición de poseer un cuerpo que, por naturaleza, es impuro. Así, la imagen de un creador del mal y del sufrimiento que castiga la inocencia, cobra aspecto de providencia nefasta. Este doloroso fracaso orienta de manera decisiva la obra del poeta, a partir de 1934, el cual cantará el exilio, la separación, la desdicha, como destino de todo impulso humano. De esta manera el poeta tiende a ver en todas las formas contidianas del sufrimiento humano, tanto en las de orden personal como en las de orden social, una forma constante del destino. Así, su compromiso político responde a una lucha contra el destino de desdicha infinita. Y aunque las necesidades prácticas de la lucha muestran, por un momento, los problemas sociales en una perspectiva que podría designarse, someramente, como marxista, el mito personal hernandiano (imagen en devenir de una reconciliación del hombre con la eternidad) desvía las premisas ideológicas hacia una búsqueda de lo absoluto.

BOLETÍN AEPE Nº 9. Marie CHEVALLIER. El hombre, sus obras y su destino en la poesía de Mig...
Centro Virtual Cervantes

Este esfuerzo hace que se desarrolle la obra como un combate titánico en el que cada fracaso es la muerte, muerte del alma y del ser que llama en socorro suyo a la muerte física, apaciguadora y buena. La constancia de una tentación de suicidio ha podido ser evidenciada a lo largo de la obra y puede servir de ejemplo el borrador de "Vientos del pueblo me llevan" y que contenía versos tan explícitos como estos:

"Todo tiene su saber
y su entender y su gracia,
Pero todo está eclipsado
por una terrible mancha.

A veces me dan anhelos
de dormirme sobre el agua
y de despertar jamás
y no saber más de mí
mañana por la mañana.

Más la muerte ofrece, también, las más bellas imágenes de vida y de eternidad a partir de las cuales se expresa el mito personal de la agricultura de la muerte, tal y como aparece en el poema "Vecino de la muerte" donde leemos:

"La tierra es un amor dispuesto a ser un hoyo,
dispuesto a ser un árbol, un volcán y una fuente..."
.....
"En esta gran bodega donde fermenta el polvo,
.....
pido ser, cuando quieto, lo que no soy movido:
un vegetal, sin ojos ni problemas:
cuajar, cuajar, en algo más que en polvo...", etc.

Y en la "Canción 86", del último período, se canta la plenitud suprema de la muerte en imágenes de vida física y de fecundidad perfecta e infinita. Sólo el amor ofrecido por la esposa permanece inalterable, fuera del mal, y, a partir de él, se vuelve a inventar el mundo. A él se añade el vínculo de sangre, la paternidad, que da al poeta una imagen de solidaridad interhumana y de eternidad en la que invierte su amor al hombre y a la vida, que no es más que un futuro del hombre. Amar la vida, aun siendo atroz, es otra forma del don de amor y la constancia del mito personal para hacer amable la muerte no tiene otra finalidad ética. Así, la obra de Hernández se presenta, para nosotros, como el ejercicio, por excelencia, de la búsqueda de un absoluto de amor en el seno de una realidad que lo niega.

La imagen de esta realidad es objeto de un esfuerzo permanente de profundización del conocimiento en el que el proceso deductivo, la intuición y la imaginación cordial se conciertan o se oponen alternativamente. El enigma del destino del hombre desgarra al poeta. Al revelarse insuficiente la respuesta cristiana, debe volver a inventarse una religión de amor, experiencia mística que evidencia la imposibilidad en que se halla Hernández para prescindir de trascendencia. Así vuelve a encontrar las intuiciones místicas y religiosas más primitivas. Porque en Hernández cohabitan muertos y vivos, y la valoración hernandiana de la fecundidad corresponde a una misma y perenne necesidad humana: negar la muerte. De aquí procede, también, la actualidad del pensamiento hernandiano cotejado con la crisis que afecta hoy

BOLETÍN AEPE Nº 9. Marie CHEVALLIER. El hombre, sus obras y su destino en la poesía de Mig...
Centro Virtual Cervantes

las premisas esenciales de la fe católica. En realidad, la obra poética de Hernández instaura un diálogo con la más universal de las conciencias humanas, enfrentada con el problema de la realidad y del destino. Mas los dogmas y los mitos que perecen por sus contradicciones ¿dejarán al hombre sumido en la indigencia, con sólo su conciencia inerme? La falta de amor es el mal, la desdicha, la muerte, el destino: constituye un vacío en el centro del orden del mundo y de lo humano. Frente a esta carencia, el poeta siente la libertad de amar. Y el don de amor, que es respuesta a su carencia, al definir la libertad inventa al hombre:

"Amor: aleja mi ser
de sus primeros escombros,
y edificándome, dicta
una verdad como un soplo".

Aquí comienza el hombre a asumir su destino. De la atroz experiencia de la guerra Hernández deduce la lección de la llamada amorosa con la cual reemplaza al odio. Y aquí se encuentra la última palabra que él sabe de sí mismo:

"Ayudadme a ser hombre..."

El hombre crea al hombre y su idea se engrandece a medida que la de Dios se deteriora. La finalidad suprema es el hombre, del cual el poeta busca la imagen en los linderos de Dios. Todo aspira a la trascendencia en el orden humano. La poesía de combate, divisoria en su origen, llega a la aspiración mística de la reconciliación del hombre con la vida y la eternidad. Y esta búsqueda mística culmina en una resignación, con la aceptación del tiempo y de lo relativo, es decir, en un estoicismo.

Este constante anhelo tiene, para nosotros, el carácter de un quijotismo lúcido. Nunca cesa el poeta en su esfuerzo para reconciliar procesos divergentes de la imaginación creadora de mitos, por un lado, y de la conciencia racional, por otro. En constante enfrentamiento con la negación del hado, en él se crea y se vuelve a crear el amor de la humanidad y de la vida. En un doble acto de fe, Hernández niega la realidad de la muerte, al invertir, primeramente, la vida y la muerte, y así dice, evocando al hijo fallecido:

"El mundo lleno de tí
y nutrido el cementerio
de mí".

Y en segundo lugar, la niega también, rechazando la tentación de la nada, desgajando una adhesión a la vida de la propia realidad de la muerte. Así, la muerte se ve hecha cómplice de la vida, y no lo contrario. Épico combate quijotesco, negador del tiempo y sus efectos, que culmina en una afirmación vital. Si en el primero se edificaba la vida, a pesar de la muerte, en el dominio de la realidad viviente, en el segundo la vida es trascendente en el dominio de lo que hemos llamado la agricultura de la muerte.

Así, la inmensa necesidad de amor vuelve a crearlo, partiendo de su propia nada. El amor debe inventar su objeto en una continua creación, y ese es su poder. Más, al hacerlo, se sitúa en peligrosa proximidad a la nada. Aquí reside el misticismo heróico, absurdo y necesario, de un ferviente que perdió su fe. Hernández, cuya vida conoció abismos de dolor que quizá pudieron inducirlo a pensar en suicidarse, luchó contra sí mismo, en combate sin tregua, para amar la vida: "Esperar, no cansarse de esperar la alegría".

BOLETÍN AEPE Nº 9. Marie CHEVALLIER. El hombre, sus obras y su destino en la poesía de Mig...
Centro Virtual Cervantes

No otra cosa dice el último poema escrito en el muro de una prisión, junto al lecho de agonía:

"Adios hermanos, camaradas, amigos,
despedidme del sol y de los trigos".

La escritura poética de Hernández, al ser analizada, confirma, a pesar de las apariencias, lo que decimos. Tal es el caso, por ejemplo, de la poesía de combate. El estudio sistemático de los textos, revela la desviación fundamental que se ha establecido, al considerarla únicamente en función de su caracter militante. Sin negarlo, hay que decir que es este el factor secundario con respecto al principal, que no es otro sino el del combate interior. Así lo revela el borrador de "Vientos del pueblo me llevan", que ya hemos citado. Nada es unívoco en tal poesía y basta comparar el célebre cuarteto inicial del poema citado con los últimos versos de "Sino sangriento" o con los crispados de la Elegía I a a F.G. Lorca ("No aventarán, no arrastrarán tus huesos...", etc.) para comprobarlo. Así, bajo el entusiasmo militante, corre una ardiente aspiración mística hacia una imagen de eternidad acojedora del hombre, que mantiene tenso el poema. La misma imagen de "Viento del pueblo", siempre interpretada de manera simplista, debe situarse en un contexto y en una continuidad, desde la primera página del Auto sacramental pasando por "Mi sangre es un camino", "Sino sangriento", dedicatoria a Vicente Aleixandre, hasta los versos de uno de los últimos poemas de combate:

"Y los pueblos se salvan por la fuerza que sopla
desde todos sus muertos".

Porque en esta imagen del viento épico se funden, en realidad, las nociones cristianas del alma inmortal, de salvación y resurrección de la carne, y, también, de impulso revolucionario colectivo. Hernández no se deja reducir a la sola función de propagandista, incluso cuando ésta prevalece sobre la poética. Por consiguiente debe buscársele en la totalidad de la obra y no en una fracción, y aún menos debe oponerse ésta a aquélla. Más allá de la pureza ardiente, o de la pasión militante, hay una generosidad mucho más decisiva. Por encima del compañero de lucha, o del enemigo, Hernández busca la esencial necesidad y la unidad de lo humano. Así se manifiesta el valor personal, testimonio de la más alta exigencia espiritual y cordial, cuya única ley es la honradez. Porque la última lección, para Hernández, es la toma de conciencia de la ignominia de todos los fanatismos, sin que la más leve complacencia o cualquier justificación a posteriori atenúen esta constatación.

Así surge la implacable visión retrospectiva de lo que fue una exaltación guerrera:

"Un fantasma de estandartes
una bandera quimérica...
.....
Pasiones como clarines
..... *que aconsejan*
devorarse ser a ser,
destruirse piedra a piedra".

Si debiéramos caracterizar con una palabra la obra poética de Hernández, diríamos que se trata de una *poesía desgarrada.* Grito de un cristiano a quien se arrebató la fe y que, por la caridad, trata de resurgir de entre los escombros de todas las trascendencias y

BOLETÍN AEPE Nº 9. Marie CHEVALLIER. El hombre, sus obras y su destino en la poesía de Mig...
Centro Virtual Cervantes

en los que yace sepultada la imagen divina. A esto obedece la divergencia de formas, por ejemplo en la "Canción 46"; en "Cuerpo de claridad que nada empaña" una sola forma, con ritmos diferentes, expresa emociones, sentimientos, ideas opuestas. En "Eterna sombra", las dos formas conjugadas se oponen dando una evocación del destino del hombre, expresada con horror insoportable. Abundan los ejemplos de divergencias, de bifurcaciones abruptas en los que una forma única introduce la división en el seno de un mismo movimiento poético:

Cuerpos y campos
cuerpos y cuerpos.
¡ qué mal camino,
qué ceniciento !
¡ corazón tuyo
fértil y tierno.!

Lo mismo ocurre en los sonetos. Y esta extrema disponibilidad de las formas evidencia la madurez poética de Hernández, el cual puede dominar desde la gongorina Octava real hasta la frase escueta, pasando por la variedad de ritmos populares y por el alejandrino. Acaso era necesaria la virginidad cultural de un autodidacta para resucitar, en pleno siglo XX, y con envidiable fortuna, un género clásico caído en olvido, como el —Auto sacramental , o para reavivar el quevedesco soneto amoroso, o para cultivar las clásicas galanuras de la Octava real en "Perito en lunas", con la estética propia de un mundo de Góngora, revivido en él. En el dominio del arte, los poemas del ciclo "Sino sangriento" son los que afirman la originalidad hernandiana, con metáforas portadoras de símbolos ambiguos, con la extraordinaria integracion de formas ajenas al poema personal que, al realizarlo, dan lugar a la elaboración de una gran ficción consoladora, para engañar a la muerte.

Poemas como "El hambre", en sus dos versiones sucesivas e indisociables, son puntos culminantes del arte y de la conciencia humana. La originalidad artística, la modernidad de la forma, aparecen, por ejemplo, en lo que llamamos "metáfora transtornada" (bouleversée), como en "El herido".

"La sangre llueve siempre boca arriba, hacia el cielo", o los "versos perfectos", surgidos en el centro de poemas desiguales:

"El primer árbol es un abierto olivo".

Tales realizaciones no pueden dejar de provocar una intensa emoción estética.

En el "Cancionero y romancero de ausencias", las combinaciones de las formas populares y el desarrollo de la metáfora mística, como en "Últimos poemas", no tienen equivalente, a nuestro parecer, en la poesía contemporánea española.

Y si el recuerdo de Antonio Machado no deja de estar presente, en las Canciones, Hernández abre las puertas, gracias a su densidad humana, para que por ellas, y en pos suya, penetren los que aceptan su alta paternidad poética:

"Por un huerto de bocas
futuras y doradas
relumbrará mi sombra".

BOLETÍN AEPE Nº 9. Marie CHEVALLIER. El hombre, sus obras y su destino en la poesía de Mig...
Centro Virtual Cervantes

(Resumen sumario de las conclusiones de la tesis de Doctorado sostenida por Marie Chevallier en la Universidad de París X el 28 de junio, 1972, leídas por José Valverde en el Coloquio de la AEPE de Alicante celebrado entre el 26 de agosto y el 2 de septiembre de 1973).

BOLETÍN AEPE Nº 9. Marie CHEVALLIER. El hombre, sus obras y su destino en la poesía de Mig...
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes